

# VENCER Y SER VENCIDO SON AZARES DE LA GUERRA

## CAPITULO DE LA VIDA DE BOLIVAR

Escribe: MANUEL JOSE FORERO

La cooperación de la Nueva Granada a la libertad venezolana no fue olvidada por el Libertador en los angustiosos momentos del Manifiesto de Carúpano.

Hemos visto su angustia al despedirse de la tierra natal y de los campos en donde había combatido con tanta valentía. También hemos oído sus palabras en cuanto significaron explicación de los graves sucesos de 1814 y amonestación útil para los tiempos venideros.

Las palabras finales de aquel Manifiesto recuerdan a la Nueva Granada en forma laudatoria y eximia:

—Yo, muy distante de tener la loca presunción de conceptuarme inculpable de la catástrofe de mi patria, sufro al contrario, el profundo pesar de creerme el instrumento infausto de sus espantosas miserias; pero soy inocente, porque mi conciencia no ha participado nunca del error voluntario o de la malicia, aunque por otra parte haya obrado mal y sin acierto.

La convicción de mi inocencia me la persuade mi corazón, y este testimonio es para mi el más auténtico, bien que parezca un orgulloso delirio.

He aquí la causa porque desdeñando responder a cada una de las acusaciones que de buena o mala fe se me puedan hacer, reservo este acto de justicia, que mi propia vindicta exige, para ejecutarlo ante un tribunal de sabios que juzgarán con rectitud y ciencia de mi conducta en mi misión a Venezuela”.

Y seguía diciendo Bolívar, en altas palabras:

—Del Supremo Congreso de la Nueva Granada hablo, de este augusto cuerpo que me ha enviado con sus tropas a auxiliarnos, como lo han hecho heroicamente, hasta expirar todas en el campo del honor.

Es justo y necesario que mi vida pública se examine con esmero y se juzgue con imparcialidad. Es justo y necesario que yo satisfaga a quienes

haya ofendido, y que se me indemnice de los cargos erróneos a que no he sido acreedor. Este gran juicio debe ser pronunciado por el Soberano a quien he servido; yo os aseguro que será tan solemne cuanto sea posible y que mis hechos serán comprobados por documentos irrefragables. Entonces sabréis si he sido indigno de vuestra confianza, o si merezco el nombre de Libertador.

Yo os juro que libertador o muerto, mereceré siempre el honor que me habéis hecho, sin que haya potestad humana sobre la tierra, que tenga el curso que me he propuesto seguir, hasta volver seguidamente a libertaros, por la senda del occidente, regada con tanta sangre y adornada de tantos laureles”.

Si no estuviéramos hablando en estas páginas, acerca de la vida de Bolívar, no parecería inmediatamente explicable su promesa de insistir en la libertad de un pueblo que acababa de perecer bajo las ruinas de la guerra. Pero como el caudillo era, ante todo, una gran voluntad, resulta naturalísima la oferta contenida en las frases leídas y en las que vienen en seguida:

—Esperad, compatriotas, al noble, al virtuoso pueblo granadino, que volará ansioso de recoger nuevos trofeos, a prestaros nuevos auxilios, y a traeros de nuevo la libertad, si antes vuestro valor no la adquiriese.

Si, sí. Vuestras virtudes solas son capaces de combatir con suceso contra esa multitud de frenéticos que desconocen su propio interés y honor, pues jamás la libertad ha sido subyugada por la tiranía. No comparéis vuestras fuerzas físicas con las enemigas, porque no es comparable el espíritu con la materia... Vosotros sois libres, ellos esclavos. Dios concede la victoria a la constancia!”.

---

Mientras los generales José Félix Ribas y Manuel Piar trataban de sostener con sus diezmadas tropas la resistencia patriota, Bolívar se dirigió a la Nueva Granada por la segunda vez.

Los biógrafos de estos dos caudillos podrán definir hasta qué punto fueron valiosos o inútiles sus esfuerzos en los funestos días de septiembre y octubre de 1817. Para nosotros es satisfactorio registrar la persistencia de los esfuerzos cuando el horizonte estaba ennegrecido por las desventuras de la república, el ánimo viril cuando las voluntades de los más diestros se hallaban abatidas, el coraje ciego y tenaz cuando todas las cosas indicaban que el capítulo de la libertad republicana estaba próximo a cerrarse, quizás definitivamente. Nos apartamos un tanto, con el respeto que su concepto nos merece, del ilustre historiador Lecuna. Para nosotros Piar y Ribas, si bien adversos a Bolívar en aquella hora crucial, significan la entereza moral y el propósito patrio característicos de los corazones que forjaron la libertad de los americanos.

En otras palabras: Don Vicente Lecuna censura vivamente a los dos próceres, a causa de las contradicciones que sostuvieron en presencia del

Libertador. Sin que pretendamos ser más sagaces que Lecuna, pretendemos ajustarnos más vigorosamente a la realidad de los hombres y de la época. Nosotros tenemos ahora un concepto supremo, esencial e insular de Bolívar. Sus compañeros de armas, sus oficiales, sus colegas y sus amigos no pudieron tenerlo en la misma medida que nosotros, herederos de la totalidad de sus actos y de la irradiación de su gloria.

Seguimos al pie de la letra a Lecuna en la narración de los puntos históricos correspondientes a la segunda incorporación de Bolívar a la Nueva Granada: "A los cuatro años de revolución, el Nuevo Reino de Granada no había logrado unificar todas sus provincias. Solo gozaban de independencia unas cuantas, situadas en el corazón del país. Cartagena, Antioquia, el Chocó, Casanare, Neiva, Popayán, Tunja, Pamplona y el Socorro, confederadas desde 1812 bajo el nombre de *Provincias Unidas*, tenían su gobierno general en Tunja. Cundinamarca, desafecta al sistema federal, se mantenía separada de la Unión; mientras las de Quito y Guayaquil, en la región del sur, Cuenca y Loja en la frontera del Perú, Río Hacha y Santa Marta en el norte, Panamá y Veraguas en el Istmo, y otras de menor importancia, permanecían sometidas a España. Con cerca de dos millones de habitantes, y múltiples recursos naturales, la Unión carecía de tropas suficientes".

Dice el mismo historiador Lecuna, después de enumerar algunas circunstancias internas de la Nueva Granada: "Tales eran la situación de las provincias, y el programa del gobierno, cuando el 19 de septiembre arribó Bolívar, por segunda vez, a Cartagena. Llegaba derrotado, pero engrandecido por sus acciones... El representaba una idea —la unidad nacional— contraria al régimen existente de autonomía ilimitada de las provincias. Por esta sola causa sus amigos quedarían equilibrados por adversarios y censores implacables. Además, debía explicar hechos espantosos de la campaña venezolana, nunca vistos en ningún otro país americano, expuestos a la censura y a la crítica... A él lo animaba su fe inquebrantable y su amor al pueblo granadino, y contaba con la justicia del Gobierno General, presidido por un grande hombre de estado, su generoso protector Camilo Torres, y otros ciudadanos eminentes. La patria de sus padres había sido el imperio español; mas, derrumbado este, él trazó la suya de Guayaquil al Orinoco, sin desligarse de las demás secciones de la América Española. Esta decisión sincera le daba iguales derechos en el Virreinato de Santafé y en la Capitanía General de Venezuela, y así llegaba a Cartagena y a Tunja como a su casa".

El Gobierno General de la Nueva Granada, en quien pensaba el Libertador, se encontraba radicado en Tunja, capital de la dilatada y fertilísima provincia llamada posteriormente Boyacá. Allí también el Congreso Nacional desarrollaba sus labores, no sin dificultades considerables de orden íntimo, puesto que las provincias lejanas prefirieron en repetidas ocasiones actuar en proporción a su autonomía antigua y no a tono con las exigencias de la nueva estructura del país. De otro lado, este era tan extenso, y tan dificultosas las comunicaciones de ciudad a ciudad y de aldea a aldea, que las simples noticias se movían con demora y se intercambiaban con retardo.

Digámoslo de paso. Quien pierda de vista los problemas que la extensión de la Nueva Granada planteaba de modo constante y tenaz a los próceres, bien poco entenderá del significado de la guerra de independencia y del esfuerzo cumplido para la organización de la política republicana en aquella época heroica!

La permanencia del Congreso en la Villa de Leiva fue transitoria, como vino a serlo también dentro de los muros de la ciudad de Tunja. En aquella población apacible los legisladores efectuaron labores tan minuciosas como esenciales, cuyo recuerdo hace grandes los días de la Primera República. Cuando aquella entidad determinó trasladarse a Tunja, los congresistas habían cumplido ampliamente con su deber, pues habiendo tomado en sus manos una masa amorfa y débil lograron transformarla en una nación ordenada según las leyes y fecunda según las orientaciones.

Para el Libertador resultaba importantísimo acercarse al Congreso de la Nueva Granada. Sus palabras son harto claras y definitivas en tal sentido. Cumplidamente los legisladores granadinos le habían otorgado hombres y recursos de toda especie a fin de que todo ello lo convirtiese en moneda de redención y de victoria. Cumplidamente habría de presentarse al cenáculo patricio en donde quizás nadie le conocía de vista, pero en cuyo recinto su nombre fue símbolo de pugna vital y de esperanza y de triunfo.

Dijimos arriba que el 19 de septiembre llegó el vencido guerrero a la Nueva Granada.

Sin demora se dispuso a presentarse ante el Congreso de las Provincias Unidas, en cuya existencia tomaban parte ciudadanos de suma distinción y prestigio. Allí se dieron cita, al momento de su instalación en la tranquila Villa de Leiva, los diputados por Cartagena y Popayán, Don Juan Marimón y Don Andrés Ordóñez; por Tunja, señores Joaquín Camacho y José María del Castillo; por Casanare, Don Juan José de León; por Antioquia, señores Joaquín de Hoyos y José María Dávila; por Cundinamarca, señores Manuel Bernardo Álvarez y Luis Eduardo de Azuola; y por Pamplona, señores Frutos Joaquín Gutiérrez y Camilo Torres. Cambió en algo la nómina de los legisladores en las siguientes sesiones, pero sustancialmente fueron los mismos y políticamente los mejores.

Bolívar no tardó en salir de Cartagena para el interior. El 22 de noviembre se halló en la ciudad de Tunja, siempre consciente de su dignidad y siempre noble, decidido y franco.

Camilo Torres, al tener noticia de su inmediata entrada a la sede del cuerpo legislativo, le envió como obsequio un hermoso caballo, cuyos apuros fueron dignos de singular alabanza por el recién venido, a causa de su grande riqueza. Es atendible la creencia de que el 24 acudió al edificio de la representación nacional.

Un relato excelente e insuperable nos dice: "El Libertador se presentó en la barra del Congreso, pidiendo la palabra para hacer una extensa y

verídica relación de sus campañas, refiriendo con exactitud los sucesos, las batallas, los contrastes y las desgracias de su patria.

El Presidente le mandó entrar y tomar asiento a su lado; rehusó Bolívar, mas, en fin, tuvo que ceder...

Habló con elocuencia, con inspiración, como quien tenía tanta fuerza en el decir. Pintó en su bello cuadro los accidentes prósperos y adversos que habían tenido lugar desde su salida de la Nueva Granada. Pidió que se examinara su conducta con esmero y se juzgara con imparcialidad. El Presidente Camilo Torres, interrumpiéndole, le contestó:

—¡General! ¡Vuestra patria no ha muerto mientras exista vuestra espada! Con ella volveréis a librarla del dominio de sus opresores. El Congreso Granadino os dará su protección, porque está satisfecho de vuestro proceder. ¡Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre!”.

---